

LITERATURA DEL PLATA.

SEMANARIO

DE LITERATURA, RELIGION, VIAGES, CIENCIAS, COSTUMBRES, MODAS Y MUSICA.

EDITOR Y DIRECTOR, EDUARDO G. GORDON.

COLABORACION.

D. Francisco A. de Figueroa.
 " Francisco X. de Acha,
 " Antonio Diaz [hijo],
 " José Pedro Pintos,
 " Justo Masco,
 " Meliton Gonzalez,
 " Ramon de Santiago,
 " Eduardo Ximenez,
 " Andrés Gonzalez Solar.



Dres. Cualberto Mendez,
 " Adolfo Rodriguez,
 " Gregorio Perez Gomar,
 " Eduardo Fernandez.
 D Tomas Gutierrez,
 " Carlos Paz,
 " Ricardo Gutierrez,
 " Dardo Rocha,
 " Francisco L. Torres.

PRECIO DE LA SUSCRICION UN PATACON.—Se suscribe : — Libreria "Nueva" de D. Pedro Lastarria; id. "Argentina" de Ibarra; id. "Española" de Real y Prado y en la imprenta del "Comercio del Plata."

A NUESTROS COLEGAS.

A la aparicion de nuestro primer número, habiamos preparado un saludo á nuestros colegas de la prensa, que se omitió en él por un olvido, ahora lo hacemos y ofrecemos nuestra cooperacion decidida en la órbita de nuestro programa.

LAS COLONIAS ESPAÑOLAS. (1)

I.

La humanidad, hablando con la franqueza del que solo busca la verdad, es aun un problema palpitante de vida y de interés. Pero indudablemente ella es un todo, porque los hombres por distintas que sean sus razas, ofrecen puntos tan visibles de contacto entre si, que es imposible dejarlos de considerar como particulas homojéneas que si no tienden á su concentracion, tienen al menos la fuerza para ello y los medios mas eficaces para conseguirlo.

Desde los tiempos mas remotos, podemos observar en ese todo una lucha continua, entre el esfuerzo que lo empuja á su perfeccion y entre la inercia que lo postra. Puede dedu-

(1) Estos articulos son extractos de unos estudios históricos.

cirse pues que asi como en la materia inorgánica hay entre sus moléculas las fuerzas atrayentes y repulsantes que activa la presencia del calórico ó que neutraliza su ausencia, entre los hombres hay las fuerzas progresistas y estacionarias que impiden el que nos acerquemos demasiado á esa perfeccion que Dios reservó para sí.

Pero parece de vez en cuando que Dios compadecido de nuestra suerte, dirige á alguna de sus criaturas queridas una mirada cariñosa, para reanimar el pensamiento y levantarle poderoso. Es por eso que de cuando en cuando la inspiracion se presenta y á su influjo todo se conmueve, pero como estraña al hombre en cuanto viene de mas alto, siempre tiene la sublevacion del instrumento que necesita para realizarse.

Colon recibió una de esas miradas cariñosas de la Providencia y á la luz de ese destello vislumbró un mundo y en ese mundo, una gran desmembracion de esa humanidad, que debiera tender á su centro. Colon era pues una fuerza progresista que luchaba con la inercia del reposo; quiso reflejar esos destellos en las coronas de mas de un monarca, y las encontró empañadas con el sucio aliento del egoismo; ni las que ceñian las sienes gloriosas de Fernando é Isabel tuvieron un pequeño brillo; fué menester que desauiciado de los reyes contemplase, tal vez con ironía amarga, las alhajas de la muger, y allí hubo el reflejo de la vanidad, y el producto de esas alhajas,

fué el único apoyo de esa inspiracion sublime y de esperanzas tan elevadas.

El descubrimiento de América que debió pues en fundarse á la accion seria y bien calculada de los hombres, encontró para sostenerse el adorno de una muger y para decidirse el fanatismo de caducas creencias. Por mas insignificante que esto parezca, es indudable que tal oríjen influyó mucho en los trastornos y en las contrariedades que aun sentimos, que aun luchan contra nuestra organizacion y nuestro destino.

Colon soñaba viendo poblados esos desiertos que unia á la civilizacion con millares de hombres felices que atrajesen á su progreso y bienestar á esas tribus errantes y desgraciadas. Los gritos de su tripulacion sublevada le recordaron de tan gratos sueños ántes de llegar á su destino no comprendido y llegado á él, las víctimas y el desórden fueron los primeros frutos de su descubrimiento que pudo presenciar. El primer grupo de hombres europeos que pisaron las playas americanas, se perdió en la anarquía escitada por la codicia y el fanatismo ¿no hay en esto una consecuencia misteriosa de la clase de apoyo que mereció su inspiracion?

Es indudable, Colon era el único que tenía fines sociales y humanitarios en ese descubrimiento; sus instrumentos no tenían otro fin que regresar á España con riquezas, no se pudo convencer á nadie de que ántes de los fines particulares de riqueza, habia que llenar otros fines; la lejislación de la misma España prueba bien que mas atendió á reglamentar las minas de América que á organizar sus colonias. Los pobladores que enviaba, no podían llegar penetrados de otros deseos, ni inspirados por otros motivos que los mismos que dominaban en sus lejisladores.

La conquista, el establecimiento de las colonias y su reglamentacion, era todo tan improvisado, tan de prisa y tan medroso como si se creyera que la tierra que hollaban por vez primera las plantas europeas debia hundirse bajo de ellas y que la única tarea posible era salvar el hallazgo de sus riquezas.

Y sucedió que la España repleta de oro languideció en la miseria, y sus colonias entregadas á su monopolio, y educadas para esos fines, guardaban en sí el jérmén de las fuerzas inertes que para sacudirlas mas tarde habia

de encontrarse la resistencia de la lucha sangrienta.

Hemos querido dejar establecido estos precedentes, porque pueden arrojar alguna luz sobre las apreciaciones que vamos á hacer sobre las contrariedades del destino que se inició por estos pueblos despues de 1810.

II.

Al norte de ese hemisferio que el papa donaba á la corona de España con la misma facilidad con que dá su bendicion universal, una nacion mas penetrada de la tarea social transplantaba sus hombres, sus costumbres y su religion, en todo lo cual iba ya el jérmén progresivo de una civilizacion que habia vencido á la preocupacion y al fanatismo, y que si en vez de destruir avivó el egoismo, lo sujetó de tal manera á los intereses sociales, que era mas bien un elemento de adelanto que una pasion rastrera de personalidad.

No pretendemos negar que haya habido un tanto de egoismo en la compra de tierras que hizo Guillermo Pen á los salvajes, pero lo que es indudable es que un hecho de ese jénero no ha podido menos que influir poderosamente en el buen éxito de la colonia, máxime si se considera que la Pensilvania ha sido y es el foco de la civilizacion Norte-Americana.

Esos colonos que entraban á ocupar una tierra cuya propiedad se reconoció á sus primeros habitantes, que se adquirió por un pacto de puro y libre consentimiento, que se pagó religiosamente con objetos de utilidad para sus antiguos propietarios, esos colonos que entraban así á formar una sociedad sobre hechos que sanciona la civilizacion y el buen orden, no podían menos que penetrarse de los mas altos fines sociales preparando una bella tradicion para sus herederos y un principio de educacion moral y socialista cuyos frutos debían cosecharse despues.

Es menester convenir del mismo modo que unos colonos deslumbrados con la posibilidad de llenar sus arcas de oro, que entraban á formar pueblos improvisados sobre tierras que arrebatában sangrientamente á sus antiguos poseedores, sin mas idea que la de la conquista y sin mas fin que el de la riqueza del hallazgo, no podían menos que olvidar las mas presentes reminiscencias de la civilizacion de que se desprendían prescindiendo enteramente de los fines sociales, alimentando torpes tradicio-

nes para legar á sus sucesores y una educacion feroz cuyos resultados habian de desalentar al porvenir.

La mayor parte de las colonias inglesas se establecian pues siguiendo una por una las huellas de la civilizacion, las colonias españolas saltaban sobre ellas; las colonias inglesas transportaban las miras de la asociacion, las colonias españolas transportaban la especulacion particular, en que se envuelve la disolucion de los vinculos humanitarios, cuando toman por campo de accion el desierto y el alejamiento del centro social.

La raza es susceptible de modificacion siempre que interrumpe sus habitos ó se desprende del freno de la civilizacion, maxime cuando se trasplanta á bosques solitarios y á llanuras inmensas.

La raza española dispuesta á esos cambios por la inercia que recibe de un clima alagueno, y por los habitos que contrajo en sus luchas, vino á America interrumpiendo la tarea cotidiana con que la civilizacion la domaba, saltó el abismo y olvidó sus recuerdos encontrandose cara á cara con una naturaleza salvaje y seductora. La civilizacion conseguida á pesar de la inercia propia de la humanidad por el esfuerzo de la razon, debió desvanecerse en mucho para esa raza que pasaba por escenas que habia pasado antes de sentir el poder de ese esfuerzo, y fué grato á su inercia retroceder á sus formas primitivas.

Tan cierto es esto que podemos citar mil ejemplos de pobladores españoles muy razonables, tanto cuanto les era dado al través de los sucesos porque pasaban, y cuyos hijos al abrazar la tarea de pastores, desconocian la vida social á tal punto de serles imposible sobrellevarla.

De aqui surgió una especie rara de hombres que siendo hijos de la civilizacion retrovertian al salvajismo. Los gauchos nuestros no son otra cosa que lo que han debido ser los españoles antes de recibir habitos de civilizacion.

El gaucho es un tipo que no se encuentra en las colonias inglesas, y lo presentamos como una prueba practica de nuestra teoria.

Enemigo de la civilizacion, se aparta en todo de los centros sociales; tiene antipatia encarnizada á todo lo que les va de la civilizacion.

El cabello largo y sin peinar, la barba entera y sin que la navaja usurpe sus dominios, es

una tendencia manifiesta al estado natural.

Su traje de tunicas, sin costuras, sin opresion es otra manifestacion en contra de los habitos civilizados. Su dialecto; no es él de tal ó cual provincia, es un castellano que coincide con el antiguo, con esa diccion enemiga de la pulidez del buen gusto y asi es que de *mismo* ha hecho *mesmo*, buscando siempre el sonido mas aspero y grosero, esto es retrovertiendo y repudiando lo que el esfuerzo de la razon hubo mejorado.

Es un triunfo conseguir que un médico cure á un gaucho; un médico cura, segun la ciencia, con tradiciones de la civilizacion. Para él quien le conviene es el *curandero*, el hombre que cura segun la naturaleza.

Todos los rasgos morales y fisiológicos de los gauchos nos prueban que es el hombre que se desenfrena de la civilizacion y que la mira por consiguiente con horror, como el pájaro escapado de la jaula al que cuesta doblemente cazar.

Eseptuando de las colonias españolas unos cuantos centenares de hombres que se estrecharon en pueblos pequeños y reposados, el resto ha pertenecido á ese tipo desorganizador.

La España descansaba del esfuerzo de su conquista y dejaba pasar de generacion á generacion la conquista del salvajismo; el jenio de la guerra fué á despertarla de su letargo y del estremecimiento de su sorpresa, se cortó la cadena con la que sujetaba sus colonias y empujando estas su vida propia, empezó la lucha entre la civilizacion y la barbarie, entre la razon y la inercia de esta pobre desmembracion de la humanidad.

III.

El pensamiento escapando de los conventos de España y sustrayéndose á la vijilancia inquisitorial de una sociedad dominada por el fanatismo, tuvo su expansion al transportarse sobre las riberas del Plata en algunos de sus hijos que salvaron del naufragio de la civilizacion sus preciosas tradiciones. Sucedió con la inteligencia lo contrario de lo que hemos visto que sucedió á la materialidad de la raza, como si el aliento de una naturaleza virgen vigorizase el jermen productor de todo lo que se le ponía en contacto. El hombre material que se alejaba de los centros de poblacion

para ocuparse en un trabajo ajeno del espíritu se enardece con el poder de los instintos inertes de la materia y el hombre espiritual que meditaba, podía vislumbrar mas vastos horizontes como si se encontrase iluminado por los rayos de una razon mas viva.

[Continuación]

G. P. G.

POESIA CONTEMPORANEA.

Muchas veces hemos oido, y en diferentes ocasiones hablar de nuestra literatura y la mayor parte de ellas dándole formas exajeradas que no tiene ni ha tenido, pues los periodos de guerra porque hemos atravesado hicieron morir el gusto por la literatura en los últimos cuatro lustros. Nuestro siglo que no tiene sistema alguno realizado distintamente ni tampoco puede presentar caractéres propios por no tenerlos aun por su misma forma de transicion, presenta pues un perpétuo antagonismo en lo pasado y lo presente; existe una lucha moral entre la fé y la duda; hay algo mas, la discordancia íntima entre el corazon y la cabeza.

Nuestros poetas, que cuentan solo con las dotes con que les ha privilegiado la naturaleza, que no tienen el conocimiento perfecto del corazon humano por la falta de estudio, que no tienen carácter propio en sus obras por la falta de modelos, no pueden lanzarse y estender sus alas para penetrar al mundo del idealismo, por que el hielo del desencanto imprime al principio de su carrera sus frias huellas sobre el corazon que no tiene el valor suficiente para decir *quiere*, y entonces levantarse lleno de fé y abrazar con su inteligencia el mundo de las ideas y engolfarse en ellas bebiendo inspiracion hasta en los átomos mas imperceptibles.

Si la voz severa de la filosofia llega á sus oidos viene debilitada ya, ella puede llenar las cóncavas paredes de la cátedra del parlamento en donde se hace mas ostensible y parece que llega hasta el corazon y sin embargo se queda en la cabeza, sin pasar á tomar una forma positiva.—Si la filosofia llega hasta los fanaticos, es porque no ha podido penetrar en la barrera que le presenta el frio estoicismo del pensa-

dor.—Esa idea vaga en nuestro concepto del fanatismo no puede llegar á definirse del todo por sus muchas faces y por su caracter mismo, caracter diametralmente opuesto á la verdad del evangelio.

Si hemos de analizar ese sentimiento, creemos que el no es la exajeracion de una creencia fija, sino el refugio incierto contra la duda perpetua del corazon.—Es mas aun, es el amor de lo malo, por el temor de lo peor.

—¿Quien puede decir que nuestra literatura ha tenido mejores dias?—De cierto que esto seria difícil de probar; pues los pocos años que llevamos de paz, nos han dado la muestra mas palpable de la necesidad que sienten estos paises debilitados por las continuas convulsiones políticas de ver realizado el gran pensamiento de paz, union y libertad; sin paz no hay orden en los pueblos, sin union no hay fuerza, y sin la libertad no existe el progreso hijo de la civilizacion; de esos tres principios hemos de partir para poder decir á ese mundo envejecido que al contemplarnos en el mapa apenas baja la mirada para fijarla en un punto, para ellos imperceptible, y que sin embargo será con el tiempo la innovadora de los grandes principios de progreso que empiezan á elevarse gradualmente sobre nuestros paises americanos. Cedamos por el principio la primacia á los antiguos pueblos, que ellos mañana saludarán nuestro adelanto con veneracion y respeto.

Roma fué grande y representaba un mundo.

Si, la Roma de Augusto tuvo tambien sus poetas, tuvo al cantor de la Eneida, tuvo al de la Farsalia, pero murió despues y quedó envuelta en su propia epopeya, sin poder levantar la cabeza para decir al mundo moderno, yo soy la Roma de Virgilio y del Dante, ya no, su ruina es inminente y su águila no puede tender sus alas como en tiempo de sus cónsules y su imperio, sobre los grandes potentados de la tierra.

Roma como heredera de pensamientos filosóficos opuestos subordinada al infujo de ideas inconciliables no pudo levantarse al sentir en su seno el germen oculto de la revolucion mas gigantesca que han conocido los siglos, y se postró reconociendo al fin su importancia.—Así mañana la joven America que aun cuenta pocos, muy pocos años de su emancipacion política ha de levantarse viendo caer postrado á

ese mundo absorbente y envidioso; entonces sus poetas podran levantar su voz para cantar sus glorias, mientras que hoy no pueden pedir inspiracion á la tradicion porque solo se mantiene de recuerdos; sus recuerdos son dolorosos, sus sociedades, nuevas, sus hábitos comunes y poco se puede sacar de su epopeya.

Nuestro siglo tiene aun, los resabios del pasado, el adelanto es rapido, pero la marcha tiene que ser pausada para poder arribar á un resultado; esperemos pues, que se descorra el velo del porvenir, y entonces no tendremos como hoy que mendigar al estrangero los conocimientos de la ciencia, que ya estaríamos en el imperio de ella, si nuestros principios hubieran tenido una base solida y la estabilidad y el órden de cosas no hubiera variado cada dia, obligando á nuestros hombres de genio, á dormir fatigados despues de la lucha sobre los escombros y las ruinas de los pueblos producidos por una guerra desastrosa y fratricida.

Adelante pues! esperemos el porvenir, hagamos cesar la vacilacion y renacer la fé, olvidemos los recuerdos y empleemos nuestra inteligencia para hacer nacer la nacionalidad en nuestras obras.—Entonces cantaremos tambien y las voces de los bardos americanos llenarán el mundo, creando inspiraciones para brindarlas á una sociedad nueva que sepa comprender nuestros esfuerzos.

*
* *

LA PRIMAVERA.

CANCION A TI...

Ven angel de mis ensueños

A gozar en la pradera,
Do la alegre primavera
Nos ofrece su verdor.
Que allí juntos contemplando
Del bosque las verdes hojas,
No sentiremos congojas
Regalandonos amor.

Ven aspira,
Virgen mis,
La ambrosia
De la flor.
Que embalsama
La pradera

Y doquiera
Brinda amor.

Ven, verás como en murmullo
Caen las aguas del torrente,
Arrastrando en su corriente
Entre espumas, flores mil.
Ven, contempla entre las ramas
La torcaz hacer su nido,
Y oirás en triste gemido
Correr la brisa sutil.

Todo es bello
Angel de amores,
Entre flores
Y verdor.
Y el encanto
De la vida
Es querida
Nuestro amor.

Ven, que de tantas flores, yo tejeré coronas
Y adonaré con ellas tu pudorosa sien,
Tus rizos por la espalda, las brisas jugueto-
(nas

Esparciran mi vida, besándote tambien!...

Ven y sentados
Bajo la sombra,
Con verde alfombra
Bajo los pies.
Veremos bella
Sin crudas penas,
Correr serenas
Horas tal vez...

Ven, y apóyate en mi brazo
Muger de amor y ternura,
Gozemos de la ventura
Sin pensar en lo que fué.
Que al deslizarnos nuestros pasos
Por esa senda de flores,
Tu me dirás tus amores,
Y yo versos te diré...

De tu aliento
La ambrosia
beberé.
y contento
Alma mia.
Viviré.

Ven, angel, ven á mis brazos,
Que en sus ilusiones yertas,
Te abre el corazon las puertas
De sus jardines de amor.
Y allí entregada al alhago
De tu risueña esperanza,
Gozemos la venturanza,
Excentos de sinsabor!...

Que yo pondré á tu frente
Coronas de azahares,
Y versos á millares
Muger, te cantaré,

Y viendo en tu semblante
Mi vida, la alegría,
Entonces alma mía,
Felice yo seré....

Ven angel de consuelo, de amor y de esperanza,
Entremos en el bosque, busquemos su frescor;
Ven angel, que la noche sobre la tierra avanza,
Y ofrece por doquiera su misterioso horror!....

Setiembre 16 de 1859.

* * *

HOJAS DEL CORAZON.

A MI MADRE.

(Conclusion.)

II.

Contempla madre mia, ya no es tersa mi frente,
Mis ojos ya no brillan con viva esplendidez,
Perdieron mis mejillas su rojo transparente,
Los surcos de mi frente, son surcos de vejez.

Ayer mi cabellera, tan negra parecia,
Y hoy ya tornose en blanca sin brillo ni color,
Ayer, ayer señora, la vida sonreia,
Hoy todo es desencanto, desdicha en derredor.

Recuerdas ? era niño, mis juegos inocentes,
Mis gozes eran todos de magica ilusion.
Miraba del arroyo, las diafnas corrientes,
Tranquilas discurriendo con murmurante son.

Jugaba en las arenas con magica alegria
Cogiendo las agatas, que me guardabas tu;
Tu nombre, lo recuerdas ? constante lo escribia
Sobre la blanca arena con placida quietud.

Recuerdas que cogia pintadas florecillas,
Que luego codicioso veniate á ofrecer ?
Despues sobre tus aldas, señora de rodillas
Dejaba ramilletes con sin igual placer.

Pues bien, como esas flores las marchitó el invierno
Asi vi marchitarse la flor de mi nifiez,
Y solo en mi martirio, cual torcedor eterno,
Conservo ese recuerdo desgarrador talvez.

Recuerdo que carcome con despiadada mano,
El corazon llagado por fiero torcedor;
Y el mundo en su falacia para mostrarse humano,
Me dice, goza y rie, con risa de dolor.

Yo gozo, y en mis labios asoma la sonrisa
Siguiendo de ese mundo la farsa y la ficcion;
Mas ay! que entre los pliegues de la ligera brisa,
Envueltos van los ayes del triste corazon.....

Yo amé con entusiasmo, señora y con desvelo
A una muger que afable brindabame su amor,
Y le amo todavia con el amor del cielo,
Sufriendo sus desdenes, sufriendo su rigor:

Perdona, madre mia, si á revelar alcanza
El labio lo que guarda constante el corazon ;
Perdonamé señora, que amar sin esperanza
Al fin es un consuelo, que dá la religion.

Que quieres ? yo no puedo vivir sin su memoria,
Su imagen por doquiera presente la tendré,
Si es cierto que la vida, señora, es transitoria,
Al mar y á las borrascas de nuevo volveré.

Y en medio á la tormenta, del huracan violento,
Combatiré las alas con denodado ardor;
Y si burlar no puedo, señora el elemento,
Me rendiré á mi estrella, postrado de dolor!

Si mi bajel sosobra del viento combatido
No flores, madre mia, con el me perderé;
Arroja á mi recuerdo el velo del olvido,
Si salvo del naufragio de nuevo volveré.

Piedad! piedad, señora, tambien el llanto mio
Ha ahogado muchas veces mi herido corazon ;
Piedad del que padece con loco desvario,
Que el mundo para el hombre, no tiene compasion !

El hombre es una planta que al borde de un abismo
Aun tierna la combate furioso el huracan;
Y su ramage pende, señora, de si mismo,
Ay! del si el viento rudo la bate con afan!

Ay! del si una por una, las hojas le arrebatá,
Que entonces esa planta marchita se caerá,
Que si la tierra es fertil, con su poder la mata;
La sabia que conserve, la tierra secará! . . .

Así yo peregrino, llorando por el mundo,
Conservo tu recuerdo cual grato talisman,
Y mezclo á ese cariño, señora, tan profundo
Recuerdos de ese angel que adoro con afan!

Adios! adios! señora, despues de la tormenta,
Tal vez á vuestros brazos contento volveré ;
Adios ! la noche avanza, el huracán fermenta,
Los vientos degatados, rugiendo escucharé !

EDUARDO G. GORDON.

ECOS DE INFORTUNIO.

Principiamos hoy á publicar la primera composicion de una serie de cantos que con el titulo de "ECOS DE INFORTUNIO" guardaba inéditos su autor, y que tendremos el gusto de ir reproduciendo.

El autor al bautizar su poema con ese título lo hizo por inspiración, pues cada verso, cada estrofa encierra lágrimas de dolor; las lágrimas del que al alejarse del suelo natal, vé convertida en sangre su patria, sangre vertida en una guerra desastrosa y fratricida.—En 1847 se embarcaba para Europa el Señor Acha y el mas puro sentimiento espresa su primer canto á la Patria, él revela que las cuerdas de su lira empapadas en llanto, solo vivraban para calmar el agudo tormento de su corazón lleno de juventud, lleno de vida; el poeta llevaba consigo como compañera de su infortunio á su esposa, unido á ella tres días antes, y en sus consuelos hay la pureza mas delicada, hijas solamente de esa inteligencia privilegiada que iba á sentir rugir bajo sus plantas el salvaje océano.

He aquí pues la primera hoja de esa corona esqui-sita que se conservará empapada en lágrimas para los ojos de sus compatriotas.

CANTO PRIMERO.

ADIOS A LA PATRIA.

Entre la grito espantosa
De la contienda iracunda
Que en sangre tu suelo inunda
Patria mia de mi amor.

Se perdiera, como gota,
Que cae en un mar bravío,
De amargura el eco mio
Al darte un sentido adios.

Adios que el alma te dice,
Con entrañable ternura,
Como nunca á la hermosura
Se lo dió el rendido amor.

Adios que lagrима arranca
A la abrasada pupila,
Llanto de amor que destila
La pena del corazón.

Adios que en el labio espira
Bañado de amarga pena,
Y que en el alma resuena
Con redoblada afliccion;
Como los ayes postreros,
Confusos de la agonía,
Cual los ecos, Patria mia,
Que te arranca á ti el dolor.

Como se ofrece á una madre
En el borde de la fosa,
Con espresion congojosa
Esa palabra de amor.

Yo te la digo mi patria,
Llorosa, tierna sentida,

Y es ese adios de mi vida
Tal vez un postrer adios.

Mas no será, que si helado
De la muerte el viento zumba,
Al caer en agena tumba
Bendito yo del Señor,

Tu nombre en mi yerto labio
Resonará Patria mia,
Volviendote en mi agonía
Con lágrimas ese adios!

Y si piadoso no abate
Mi triste existencia el cielo,
Y en eterno desconsuelo
Lejos vivo de tu amor,
¿Quién, como tú, patria mia,
Vivirá en mi pensamiento,
Si es tuyo mi último aliento
Si es tuyo mi corazón?....

¿Quién como tú, tiernos ayes
Sabrá arrancar á mi alma,
Allá en mis horas de calma
De pesares ó afliccion?
Cuando tus dulces memorias
Ajiten mi fantasía,
O acuerde tu suerte impía
Tu llanto y tu maldiccion?

Quando se acerque á mi mente
Tanto recuerdo bendito
Que sepultara el conflicto
Entre amargura y dolor!
Tanto momento dichoso
De regocijo y amores,
Tantos instantes de flores
De ensueños y de ilusion!
Horas de májico encanto,

Del cielo don regalado,
Quedasteis en el pasado
Perdidas con nuestro amor!
Porque otras horas corrieran
De desencanto y de duelo,
Nublando, patria, tu cielo,
Marcando tus penas hoy!

Pobre patria! cuando apenas
De la cuna, niña, alzabas,
Y tu cabeza elevabas
Brindando bienes y amor,
Se oscureció tu destino,
El llanto empapó tus ojos,
Hallando tus pies abrojos
Cifiendo tu sien crespon!

Despues, despues... todo ha sido
Para tí pena y quebranto,
Al suelo cayó tu manto
Y en sangre ¡oh Dios! se empapó.

De tu infortunio los ecos
Apagó el cañon airado,
Y exánime te han dejado
Tus hijos en su furor!

Por eso al quitar tus lares
Redoblado es mi tormento,
Y falta te doy de aliento
Esa palabra de amor;
Por eso, sí, te la digo
Llorosa, tierna, sentida,
Que es ese adiós, de mi vida.
Talvez el postrer ADIOS!...

F. X. DE ACHA.

[Continuará]

LA MUJER COQUETA.

Misera condicion! el que mas ama
aquel que mas en la verdad vegeta
y adora á la mujer y ángel la llama,
es el juguete de una vil coqueta!

T. G.

Cada siglo tiene sus caracteres propios y sus costumbres, que le separan de los que le antecedén. Entre estas costumbres ocupan muy principal lugar los hábitos morales, que penetrando en los individuos les dan una fisonomía peculiar no tan comun en los anteriores. Muchos tipos presenta la sociedad actual, que fueron ignorados por nuestros padres, y en cambio hemos perdido nosotros algunos que ellos conocieron. El periodista y el artista son ejemplos de lo primero, y el religioso y el cofrade, de que ya casi estamos olvidados, serán caracteres históricos para nuestros hijos. Mas en los hábitos individuales no sucede lo mismo: los tipos ni se pierden ni se hallan, existen siempre en mayor ó menor número, si bien la tendencia de cada sig lo dándoles diferente direccion los hace resaltar con mas ó menos fuerza, creando así un tipo que parece nuevo, pero que solo es modificado. A esta clase de tipos pertenece la coqueta, que en el rigor é injusticia, con que juzgan las que lo fueron antes de empezar el siglo, es una creacion nueva, flamante, introducida con las ideas que se han inoculado en la sociedad moderna. En parte tienen razon: la veleidad, la inconstancia de nuestras madres no habia recibido tal nombre aun, el bautismo vino despues: pero el nombre no cambia las cosas. Entonces como ahora la sociedad nos presentaba el tipo si bien con diferente vestido basta á convencernos de esto la fiel reproduccion de ellas, que nuestro inagotable teatro antiguo nos ofrece á cada paso.

Sentado pues que la coqueteria es de todas las épocas, y que entrar en su historia sería perderse en las tinieblas de la antigüedad por que encontraríamos co-

quotas del mismo modo antes que despues del diluvio, en Grecia y en Roma y en la España de Pelayo y el Cid como en la de Isabel II, tratemos de trazar su fisonomía si es que la coqueteria es susceptible de tenerla.

Al tratar de hacer esto, nos sucede lo que á un pintor, que está encargado de sacar el retrato de una persona impaciente, á la que no puede reducir á que esté quieta ni por muy pocos minutos. Efectivamente la coqueta, está siempre en continuo movimiento, cada instante cambia de aficiones, y es imposible fijarla en un solo punto para poderla describir en él. Es menester correr y saltar para conseguirlo, y nosotros creemos casi que esta empresa solo puede estar reservada á otra coqueta; todos los demas por falta de aliento tienen que desistir de la empresa. Por esto generalmente en lugar de hacer la anatomía de los pensamientos de una coqueta se buscan los símiles, que salvando la dificultad sacan del pantano al escritor. Así vemos que no hay cosa variable ni en los elementos, ni en el reino animal, ni el vegetal, ni en la industria del hombre á que no se compare la coqueta: la poesia agota todas sus imágenes para representarla, pero solo nos da símiles, no fisonomías. ¿Y en verdad como puede retratarse una fisonomía, cuyo carácter consiste en estarse siempre cambiando? No es imposible pintar en diferentes cuadros el tiempo sereno, el tiempo nublado, la tempestad, el efecto de la luz, del sol, el de la luna, los crepúsculos de la mañana, los de la tarde y la oscuridad; pero es imposible pintar á un mismo tiempo todas estas cosas en un cuadro de modo que tenga unidad y armonía. Lo mismo nos acaece al retratar á la coqueta: pasando sin cesar de un efecto á otro, de un pensamiento á otro, de un extremo á otro, amando con delirio ahora, aborreciendo de aqui un momento, volviendo á idolatrar despues, nos trae sin poder cojer nunca un perfil que podamos trasladar al papel. Vemos solo una jóven por lo general bonita, llena de viveza, revolviendose en todas direcciones, saludando á uno, mirando á otro, euechicando con otro, no dejando descansar el abanico convertido en telégrafo, mostrando un rostro ya risueño, ya grave, ya airado, tan pronto amiga apasionada como enemiga irreconciliable.

La impaciencia constituye el fondo de su carácter: en agitacion continua se martiriza á sí misma, y viene á ser la imagen del desasosiego. Pero en donde principalmente se manifiesta el carácter de la coqueta es en el amor: este que es el teatro en donde se representa mas al vivo la fudole de la mujer, pues que á él viene con todos sus encantos, con todas sus virtudes, con todos sus defectos. Así la coqueta cuando está, ó por mejor decir, cuando aparenta que está enamorada no tiene una sola idea, ni un solo amor: habla con uno, escribe á otro, da esperanzas á un tercero, y tejiendo una tela de enredos y de compromisos viene por fin ella misma á caer en las redes que con mas indiscrecion que mala fé preparaba á sus admiradores. La

consecuencia de esto es natural: la que constante y fiel hubiera encontrado un amante que la ofreciera su fé al pié de los altares, y contribuyera á su felicidad, halla en su lugar mil, que pagandola en la misma moneda, que reciben, la burlan y se rien de su necia credulidad y de su presuncion estúpida. Frecuent es ver á los que ella tiene por amantes contarse mutuamente sus aventuras amorosas, diversion que toman como favorita por algun tiempo hasta que hartos ya de burlas y sarcasmos sustituyen á este camino el desprecio del silencio del olvido. Nosotros que mas que malas inclinaciones vemos en la coqueta presuncion y ligereza la compadecemos considerando que al brillo mal entendido de pocos años sacrifica su felicidad, y que en los dias mismos de su apogéo frecuentemente amarga los placeres, que una conducta mas discreta haria satisfactorios. Defendemos sin embargo á nuestro siglo, y creemos que no es mas fecundo en coquetas que los que le precedieron.

EL DOMINO ROJO.

EPISODIO DEL ÚLTIMO CARNIVAL.

—o—

A. J. L.

I

No creais de ningún modo, amables lectoras, que en un baile de máscaras es todo gozo, todo alegría, todo placer. En medio de ese tumulto de mil caras, que retratan en caricatura la vida humana; que se agitan ebrios de entusiasmo; que saltan, gritan, bailan; que se atropellan y se pisan al compas, [si se permite esta palabra] de una orquesta brillante y arrebatadora, se hallan tambien corazones despedazados por los celos, almas dominadas por el furor, y lágrimas que mojan el reverso de los antifaces.

¿Cuándo se hallará en el mundo un placer que no lleve consigo un dolor? Nunca. Esta es la verdad por mas triste que sea.

¿Veis aquella mascarita vestida de blanca seda coronada de rosas, y cuya careta refleja la risa de la felicidad? Pues quizas esos adornos de alegría oculten el rostró de una esposa atormentada por los celos que busca á su consorte entre mil máscaras, creyendolo ver en cada disfrazado que pasa por delante de sus ojos humedecidos.

¿Veis aquella figura de viejo ridiculo, que hace reir á todos y que á todos embroma? No os engañeis al juzgarla; quizas los celos por una amada coqueta hagan palidecer su rostro mil veces en una noche, y esas mismas gracias que provocan vuestra risa, tal vez sean un medio para ocultarse mas á los ojos de la que ama.

Ni todos van á un baile de máscaras por divertirse ni todos los que van con este fin salen divertidos.

Muchos entran á ellos con el corazon feliz de go-

zo y esperanzas; pero cuando el alba anuncia un nuevo dia, cuando ya la música se va haciendo desahogado, cuando los trages se hallan ajados y los rostros lívidos de cansancio, son tambien muchos los que entran á sus moradas con la fatiga en el cuerpo la desilucion en la mente y el desaliento en el corazon.

—] Filosofar sobre un baile de máscaras!...] Es una verdadera farsa de carnaval!... Parece que oigo estas dos frases en boca de alguna de mis lectoras. ¿Pero que persona, que cosa, ni que acto hay en este mundo sobre el que no se pueda filosofar? Considerad esta pregunta y me dareis la razon.

II.

A la una de la noche del lunes de Carnaval, hora en que empieza nuestra historia, novela, leyenda ó capricho, segun quieran nuestras lectoras, el teatro de Solis se hallaba verdaderamente preñado de mas caras y particulares de los dos sexos, que en confusa batallan se agitaba y gritaban como se agitan y gritan los locos en el patio de su reclusion. La orquesta esparcía por aquella atmósfera, alterada con las luces, el polvo y otras materias, que no es del caso enumerar sus magnificas armonías, ejecutando unas brillantes cuadrillas, á cuyo compas se movian frenéticas mas de trescientas parejas.

Solis en un baile de Máscaras de Carnaval ofrece un cuadro verdaderamente arrebatador, pero fuera demasiado largo describir todas las escenas que en él se suceden, y lo consideramos un trabajo inutil, desde que muchos de nuestros lectores han sido testigos oculares de ellas.

A la una de esa noche entraban por las puertas de Solis dos máscaras, una de dominó blanco, á quien por su estatura, sus formas y sus ademanes se le reconocia en el acto perteneciente al sexo de Adán. La otra de dominó celeste con la frente ceñida por una corona de rosas blancas no podia negar que pertenecia al de Eva por la finura de sus movimientos, y en fin, por eso que no podemos esplicar, pero que nos hace conocer una hija de nuestra primera madre aunque esté cubierta con veinte disfraces.

Ambas máscaras marchaban del brazo estrechamente unidas, pero tan unidas, que cualquiera sin equivocarse diria:—Aquellos ó son novios, ó son amantes. Hacedmos esta disyuntiva por que nuestras lectoras estan muy persuadidas, de que hay mucha diferencia entre un amante y un novio. Nosotros preferiria nos siempre hacer en este mundo el papel del amante; es el mas seguro.

Aun no habian entrado nuestras dos máscaras al salon de baile, cuando otro de dominó rojo casi de la misma estatura que el de blanco despues de haber entregado al portero su entrada, siguió el mismo camino hasta colocarse muy cerca de las dos primeras, fijando toda su atencion en ellos.

Al notar su inmovilidad, con los brazos cruzados

sobre el pecho y la capucha caída hasta mitad de su careta negra, sin perder el menor movimiento del dominó blanco y lanzando repetidas miradas de indignación al través de los ojos de su careta, se hubiera creído que bajo aquel dominó color de sangre y bajo aquella careta fúnebre, se ocultaba ó un marido celoso ó un amante despreciado. ¡ Quizas las dos opiniones fuesen falsas! Lo veremos.

La orquesta había concluido las cuadrillas, las parejas se esparriaban por todos lados, como un batallón á quien manda el jefe romper filas; nuestros dos máscaras quisieron también mezclarse entre el tumulto, dieron el primer paso, pero tropezaron con el dominó rojo que les había salido al frente; tuvieron que pararse.

— Pareces el demonio, le dijo el de dominó blanco, con esa careta negra y ese traje infernal.

— ¡ Con que te parezco el demonio! contestó el dominó rojo, con voz cavernosa y alterada.

— Ni mas, ni menos.

— Pues quizás sea en estos momentos un órgano de la Providencia.

El de dominó blanco lanzó una carcajada; pero la mascarita que se apoyaba en su brazo se estremeció horriblemente.

— Estás muy filósofo, máscara, continuó después de contener la risa.

— No; es que estoy pensando lo que son las apariencias. Yo por que estoy cubierto con un traje que grita sangre y furor, causo el desprecio talvez de esta loca concurrencia; tu vestido con un color que revela pureza, candidez y virtud será admirado; pero, ¿ si nos despojásemos de nuestros disfraces, crees tu que podrias levantar tus ojos hasta los míos? Estas palabras del máscara misterioso fueron pronunciadas con un tono tal de severidad, que el temblor de la mascarita se comunicó esta vez al dominó blanco; pero dominando su emoción contestó:

— ¡ Que bien haces tu papell

— ¡ Oh! mejor de lo que descara.

— ¿ No nos dices quien eres?

— Para hacer lo que me pides no ¡ hubiera venido disfrazado. ¡ Tal vez no se acabe el baile sin que me conozcas.

Un tumulto de máscaras precedidos por un arlequin atropellaron á los tres interlocutores, los separaron y se llevaron envuelto en aquel remolino humano al dominó rojo. La interesante pareja quedó libre de tan fatídico personaje.

III.

— Olvida, Laura mia, olvida por nuestro amor esas tontas palabras de un máscara, decía en tono de súplica el dominó blanco á su compañera.

— Yo quisiera olvidarlas, respondió ella con una voz tan dulce y trémula como el sonido del arpa; quisiera olvidarlas, pero ellas atencen en mi oído como una sentencia contra nuestra locura.

— ¡ Oh, Laura, no llames locura á una determinación feliz, que nos hará gozar una noche de felicidad, una noche que he deseado mas que la gloria, desde que te juré un amor eterno.

— Soy desgraciada, Fernando, mi corazón palpita lleno de temor, y si pudieses ver mis mejillas, las hallarias empapadas en lágrimas. No sé porque tengo miedo; no sé porque tiemblo.

— ¡ Tu me amas, Laura!

— También tu me atormentas! Si no te amase, ¿ crees que hubiera accedido á tus ruegos? ¿ crees que hubiera venido sola contigo al baile?

— Pues bien, diviértete, fijate en todas esas parejas que nos rodean; mira como se rien, como juegan, como gozan; solo nosotros permanecemos en un rincón del teatro; tu, víctima de un miedo infundado, y desesperado por verte padecer.

— Pero Fernando, ¿ quien era aquel máscara? ¿ No lo conociste? ¿ No recuerdas con que furia nos hablaba? ¿ No vistes sus ojos centellantes al través de su careta negra? ¡ Que horror!

— Escucha, Laura. Tu no estás acostumbrada á estas diversiones y por eso te ha causado tanta impresión la broma de un atolondrado, que no encontrando pareja, ó no sabiendo bailar, se entretiene en asustar á los demás. De estas y otras bromas peores se ven á cada momento, sin que todas ellas pasen de ser farsa de carnaval.

— Será cierto, Fernando, no nos habrá conocido?

— Te lo aseguro, Laura. ¿ No ves como ya se ha ido? Si se hubiesen fijado ambos amantes en la puerta de un palco entreabierto, hubieran visto el fatídico dominó rojo que desde allí los espiaba.

IV.

Las palabras de un amante tienen algo de magnético que obra con un poder sobre natural no solo sobre la sensibilidad sino tambien sobre la razon de la mujer enamorada. Nosotros hallamos en esto el motivo de que es preciso que una mujer esté dotada de una virtud divina para que pueda resistir á sus apasionadas expresiones.

Laura se encontró mas tranquila y empezaba á gozar. Unas cuantas súplicas expresadas con esa armonía sentimental que saben darles algunos hombres, y que caen en el corazón de la mujer como un bálsamo delicioso y embriagador; unas cuantas convenciones dirigidas con una expresión de dolor que casi siempre conmueve á la sensible hermosa habian bastado para que Laura se decidiese á acompañar aquella noche al baile á su amado Fernando. Por la misma causa bastaron para tranquilizarla las nuevas y sentidas razones que había oído y que no tenían otro fundamento de verdad, que el de haber sido proferidas por la boca de un hombre querido.

Desde este momento todos los objetos que la rodeaban habian adquirido á sus ojos una expresión de amor sublime. La orquesta hizo llegar á sus oídos

el primer compas de una polka arrebatadora, una de esas polkas que, hablando vulgarmente, hacen bailar el corazon antes que los pies. Su amado acordó su rostro al de ella y le dijo con entusiasmo mas hermoso.

—Vamos, Laura, vamos á precipitarnos unido entre esos hijos del placer; olvidemos por un momento el mundo, olvidemos sus miserias y sus trabajos; todo nos convida á la felicidad, no la despreciemos; ¿oyes? ¡Que polka tan preciosa

Laura enmudecía pero su pecho se quemaba en ese fuego juvenil que inflama el corazon de la mujer á los diez y ocho años; se dejó tomar blandamente la cintura por el brazo de Fernando, que la estrechó delicante sobre su corazon y se lanzaron ambos en brazos uno de otro, impulsados por el compas delicioso de la polka.

No habian dado tres vueltas cuando tropiezan con un objeto que los detiene. ¡Pobre Laara! el dominió rojo se presentaba de nuevo á su vista y toda la ilusion de su alma era absorbida por el temor. Un grito de espanto se ahogó en su garganta.

V.

El dominió blanco, á quien ya conocemos con el nombre de Fernando lanzó una mirada de furor al que así venia á interrumpir de nuevo sus momentos de delicia suprema. El dominió rojo sostuvo su mirada con igual indignacion. Aquellos dos hombres, se hubiesen despedazado como dos leones, si se hubieran hallado solos en medio de un desierto. Así, olvidando Fernando el *tu* familiar con que se tratan las máscaras preguntó:

—¿Por que me detiene Vd.?

—He ahí una pregunta, respondió el máscara rojo á la que no es fácil responder con careta.

—Señor mio, basta de bromas, aparte Vd. y dejenos bailar, por que no estoy para divertirlo.

—¿Para divertirme? ¿Con que basta de bromas? ¿Y quien le ha dicho á Vd. que lo que yo hago es broma?

R. de S.

[Continuará.]

CRONICA TEATRAL.

—o—

Mil doscientos personas han asistido el Viernes á una de las mas selectas funciones con que ha solazado al público Montevideano la compañía de San Felipe.

Todo se habia reunido para que el beneficio del simpático actor Garcia hiciese época entre las noches de placer que goza Montevideo. Una concurrencia numerosísima; palcos, cada

uno de los cuales era un preciosísimo ramode las flores mas hechiceras de nuestra sociedad; graves diplomaticos, ministros y diputados yendo á buscar allí una plácida expansion á sus horas de grave meditacion y laboriosidad; galerías atestadas de todas las clases, colores y talentos de la clase media; una cazuela en que se ostentaban los mas sabrosos manjares de la repostería femenina; [perdonenos el lector el simil debido al que aplicó tan prosaico nombre de cazuela al mas gracioso agrupamiento de lindas niñas] excelente desempeño en los actores, una comedia gefe, capaz por si sola de hacer una reputacion sobresaliente á su autor, y una chistosísima zarzuela como no asegurar sin cargo de conciencia que la noche del Viernes ha sido inimitable de placer y de dulces sensaciones?

En efecto, el público daba á cada instante estruendosas demostraciones de su júbilo y admiracion. El autor de la comedia "Un beso y una lagrima" es un digno continuador de las glorias literarias del primer Larra; y en su obra ha sabido comprender numerosos méritos de un orden muy relevante.

No solamente hay en ella todas las galas de la rima, facil, sonora y atractiva, no solo la novedad, lo inesperado de las situaciones; la orijinalidad de los episodios; el sucesivo y plausible encadenamiento de ellos hasta el heroísmo de una mujer, que sabe ser reina á tiempo; y gracias al cual se llega á un desenlace feliz para los dos mas simpáticos personajes de la comedia; no solamente hay todo ese hacinamiento de perfecciones; sino que tambien la comedia es una acabada crítica de costumbres, comunes á todas las épocas y á todos los pueblos. Tan amarga y acerada es esta que la *sentina de los vicios*, como se llama en ella á la Corte Española de Felipe, no puede pintarse con colores mas vivos, ni saherirse su continuacion y parodia hecha por las cortes de Maria Luisa, Cristina, y á estar á algunas malas leguas montemolinistas y democratas, de la inocente Isabel actual, con mas punzante y mordaz satira.

"La ropa sucia se lava en casa" ha dicho Napoleon, y otro que un español que hubiese puesto tan de oro y de azul á las nobles palaciegas, y á las damas de la coronada Villa, haria tenido que morir como San Estevan, á fuerza de pedradas. Pero Larra es español por

los cuatro costados, y "cuando Calderon lo dijo estudiado lo tendria."

Del autor á los actores hay mucha distancia cuando estos no saben interpretar su espíritu é ideas; pero la reina, aquella adorable Carolina, que sabia amar tan realmente, y enternecerse con tanto encanto y dulzura que todos en el teatro le doblabamos la rodilla como fieles vasallos; y aquella Marquesa que en cada movimiento de sus labios y de su gentil cuerpo, derramaba atraccion y hechizos, al extremo de gustar mas bajo el pañuelo de lavandera que bajo el rico traje de Camarera; ambas hubieran hecho sentir á Larra cuanto vale ser autor para tales actores, y Pigmalion de tales diosas del arte.

Valenzuela condecia no menos bien con su rol, aunque no hubieramos deseado verlo tan compunjado y modesto; pues como militar, y practico en la guerra, que tambien saben hacer los militares á los hombres como á las mujeres, habria debido mostrarse mas ufano y esperto amador.

Decidor y chistoso por demas anduvo el mordaz que representaba al calavera cortesano. Tien el Sr. Ramos un aplomo perfecto, y le cuadran bien los roles en que el actor se rie de todos, como si dijéramos, en su cara, mirandose en su espejo.

La zarzuela es una joya de Olona, que está destinada á ser aplaudida tantas veces cuantas se represente. Aquellas preciosas colejialas harian la fortuna de esa pieza, si Olona no la hubiese hecho tan salada y orijinal. Para evitar ulterioridades grotescas, pediriamos á la empresa otro traje á los militares, que cuadre á la época de la guerra peninsular, y al decoro público.

Enamorado estuvo muy bien y el tutor varia la pena de perseguir á la pupila.

Muchas noches como la del Viernes deseamos á la Compañia de San Felipe.

No podemos dar sino dos renglones á la Compañia Francesa, que representó el Sábado. Aunque la funcion fué muy larga, los Alejandro, Loreau y St. Aubin estuvieron muy felices y aplaudidos. Les damos nuestras felicitaciones.

EL CIGARRO.

Vamos á pintar imperfectamente y á grandes rasgos ese vicio que cada vez se arraiga mas en nuestras sociedades y que no puede evitarse so pena de pasar por inciviles y tener que contestar lo que se nos contestó á nosotros, siendo mas jóvenes, al acercarnos de mandando se nos permitiera el cigarro para encender el nuestro, una de esas mañanas de frio en que parece que el cigarro es la estufa que puede neutralizar los efectos del hielo. El anciano á quien nos dirigimos, paseó una mirada investigadora sobre nuestra pequenísima figura, interrogó nuestra voluntad y viendo que la idea era agreiva nos dijo con una flemma tal, que hizo acabar de enfriar la sangre en las venas:—Caballerito, yo ni pido ni doy.—Nosotros quedamos como petrificados con esas palabras, cayó senos el cigarro de las manos y vimos alejarse de nosotros al hombre aquel que nos habia negado el fuego para encender un cigarro que quizá hubiera calentado nuestros labios amoratados por el frio glacial de esa mañana.

Pues bien, mis lectores, la costumbre ha hecho que sea vedado para nosotros el poder saborear un riquísimo habano, pues no bien le hemos encendido cuando se nos para por delante un *pobre diablo*, que acaso tiene deseos de fumar y con voz humilde y quejambrosa nos dice:

—Me permite V. el fuego ?

Seguido de este preámbulo *introducible*, empieza por estirar su mano sucia para cojer nuestro cigarro mientras nosotros con harta pesar arrojamos su blanca ceniza y se lo damos murmurando apenas esta palabra Tome. El hombre enciende despues de haber estrujado nuestra *flauta fumaterica* y nos paga dándonos quizá [esto es si lo juzga conveniente] la veredade.

Empezamos nuevamente nuestro camino reflexionando sobre lo útil que seria establecer en el pais hornillos con el solo objeto de dar fuego á los transeuntes. No os risais, pues mis pacientisimos lectores, no hay por ventura hombres con mas barbas que un chivo vendiendo tortilla y otras cosas por las calles? pues bien podia establecerse tambien el negocio de vender fuego que al fin lograríamos introducir una costumbre cómoda y de facil practicaje, y que daria resultados beneficios quizá, pues tantas veces sucede que despues de dar el fuego á el que lo demanda, nos entrega el cigarro del lado opuesto, y con la precipitacion de marcharnos lo llevamos á la boca y hu! escupimos al sentir el calor de la ceniza que queda depositada en nuestra boca.

Maldito seas! y con esta especie de *agradecimiento moderno* seguimos nuestra marcha ocultando el fuego á los ojos de los codiciosos, cuando cata aquí que al revolver una esquina, el humo que revela la existencia del fuego descubre al enemigo su fuerza y un proximo se nos para y nos dice:

—Padron, ne dá el fuoco? Vuelta á arrojar la ceniza, vuelta á los estrujones y en fin otros cinco

minutos de tiempo perdido, por que al demandante se le antojó llamar á un amigo que pasa por enfrente y temiendo se aleje empieza con un cigarro en cada mano á dar gritos de—Giovanni, áspeta un po, y nosotros señor, esperamos que el asesino de nuestros placeres, el agresor famelico de nuestros cigarros el . . . en fin; quiera hacernos el marcado obsequio de darnos nuestro cigarro ya, casi deshecho y apagado; lo recibimos por fin, y viendo que en empréstitos se han perdido unos cuantos vintenes de que hemos aligerado nuestros bolsillos, lo arrojamos al suelo prometiéndolo no fumar en las calles mientras no este abolida del todo tan pernicioso y mortificante costumbre:

Esta promesa, la cumplimos mientras no vemos á un vecino que fuma un cigarrillo de papel, entonces codiciamos su suerte, llevamos la mano instintivamente á nuestro bolsillo y pronto extraemos de el una cigarrera, y de esta un cigarrillo que encendamos una cuadra *armándolo* [palabra técnica de los fumadores. Luego de concluido nuestro empeño, nos acercamos a una puerta restregamos una cerilla encendemos nuestro cigarro, y emprendemos de nuevo la marcha saboreando el rico tabaco de *Carrillo ó el Granadero* olvidados ya de los que conspiran contra los transeúntes [es decir contra sus cigarros.]

Hemos caminado media cuadra y *zás* de atrás nos dice una voz, señor! damos vuelta y un prójimo que camina como con sancos ha corrido detras de nosotros [para qué creis mis lectores? para decirnos.

—Me presta vd. su fuego.

Y vuelta á darselo y vuelta á perder tiempo y á perder la paciencia por último.

Lo que es el mundo! que hasta los mas inocentes goce nos traen momentos de disgusto! . . . Casi fuera mejor, quedar arrinconados en nuestras casas para fumar con descanso, pero ni aun así nos salvamos de esa turba de *cigarricidas*, pues aun á nuestra habitacion llegan visitas, ven una vela que arde, y no señor, han de pedir á uno el fuego, por qué? por costumbre! loado sea Dios! . . .

BENDITA SEAS.

[Continuacion.]

de sus maneras, salpicando siempre su conversacion con esas tintas originales que solo las dan la inspiracion y el talento. Era de familia distinguida y de una posicion muy honorable.

Pero dejemos á Enrique para penetrar en el baile á que se preparaba Laura.

III

La luz y la armonia se disputaban el encanto en el salon del baile; el placer estaba palpitante, y se retrataba en la multitud de personas que lucian en aquel delicioso sarao.

Las parejas no se detenian, sino que en agitacion febril, y hermanándose con la agitacion tambien febril de la música de una Polka, olvidábalo todo, por esos instantes prestigiosos que ahuyentan el dolor para entregarse completamente á ese encanto íntimo que surge al voluptoso contacto de la hermosura.

Laura que aumentaba el número de esas parejas estaba arrebatadora y esplendidamente vestida, su hermosura deslumbraba, su rostro animado parecia que su seno respiraba el contento, y su mirada de fuego hubiera sido traducida como la prueba mas completa que aquella criatura no sufría.

¿Pero Laura se divertía? ¿Su corazón habia dado algun vuelco, y el encanto de su felicidad pasada rodaba de nuevo? ¿Volvia para ella alguna esperanza que le trajese la calma y su tranquilidad perdida?

Habia cesado la música para dar un momento de tregua á los dansantes, y un grupo de jóvenes acompañaban sus bellas que se dirigian al toilette, especie de *terbelino* donde penetraban porcion de criaturas á reparar sus vestidos y dar formas á sus encajes, que la agitacion y contacto del baile habia ocasionado.

El traje de Laura que tambien se habia desaliñado le hacia figurar en ese cuadro; pero lo reducido de esa habitacion perfumada, obligaba á esta á permanecer al lado de una esquisita cortina de delicada tela que cubria ese agitado tocador.

La cortina onduló lijeramente y el rostro de Laura apareció lleno de melancolia por el contraste que formaba la palidez mate de su tez con los rosados pliegues de aquella. En este mismo instante Laura inclinaba su cabeza artistica dejando ver, que estaba profundamente conmovida por el saludo que recibia de Enrique, que recién buscaba su mirada.

Por esa ley de atraccion invariable, y que el espíritu del hombre no puede detener ni avasallar, Enrique se unia á Laura, y asidos se dirigian á una de las galerias inmediatas al salon.

—Laura mia! esclamó Enrique, acariciando un pequeñito ramo de flores. No es un sacrificio, Laura, el que hago arrojando estas flores que una mano cariñosa acaba de poner en las mias

—Enrique, un acto de cariño no merece el que así se trate la prueba palpable de él,—haces mal en no conservar esas flores.

—Entiendo, Laura, que no debo presentarme ante tí con flores que tal vez la coqueteria ó la cortesana amabilidad han podido ofrecerte, y que una interpretacion que no debe dárseles me hiciera aparecer dando muestras de lo que no siento.

—No comprendo porque tomes esa coqueteria ó amabilidad que has calificado al principio de cariño ni sé tampoco porque las muestras de tus triunfos de esta noche pudieran ofenderme.

—Esas palabras por mas que te esfuerces, Laura, llegan á mí con la misma amargura con que tu vueltes en tu aparente calma, y me hacen tanto mas

daño en tanto que vengo dispuesto á hacerte mi última revelacion.....

Enrique iba á continuar pero la música de unos imperiales interrumpió en algo el diálogo, interrupcion que fué completa por haberse acercado uno de jóvenes á quien vimos antes con Laura, y que venia á recordarle su promesa de bailar con él, lo primero que se tocase. Laura se levantó contrariado, diciendo á Enrique bailaremos lo siguiente; y estaba tan afectada que acentuó sus últimas palabras con una espresion dolorosa y sus ansias revelaban el estado de su alma.

Enrique, tambien reflexivo, quedó inmóvil maldiciendo al infortunio que habia venido á arrebatarse el instante mas precioso, la circunstancia mas favorable para abrir su corazon á aquella mujer.

Empezaron los interminables jiros y cortesias de ese insípido baile, que no tiene mas en su abono, ni otra causa para ser admitido que la novedad tras la que corre ansioso el mundo elegante para dar nueva forma á sus placeres y hacer mas variados los monótonos encantos del salon.

La última figura coronada por la *corbeille*, coronó tambien los deseos de Enrique, y calmó las ansias de Laura. Poco despues aquel iba á colocarse al lado de ésta á quien su compañero de baile dejaba en un divan en uno de los salones de descanso.

—Está V. fatigada, dijo Enrique á Laura.

—No, Enrique, ese baile es bastante pausado y no agita, pero deseaba que él concluyera para reanudar el diálogo que habiamos empezado.

—Sí, dijo Enrique, el misterio de nuestros amores, y de esa vida de sacrificios con su aureola de martirio, no puede ir mas allá; es preciso extinguir ese fuego que ardiendo en tu corazon, y reflejando débilmente en el mio, no puede sino producir en tí una victima, en mí uno de esos espectadores que por mas que floren no pueden tomar parte en el espectáculo, es preciso deshojar esas flores, porque dejándolas marchitar en tu frente no tendrían sino espinas para tí, y amarillentos pétalos para mí, es preciso contener ese desborde que en tí sería de amargura, y en mí de desconsuelo.

Si cuando nuestras almas no han podido armonizarse en una, cuando no se han comunicado su fuego, entrelazado sus flores, y mezclado los desbordes de sus ilusiones, la mano inexorable del destino las repasa y hace imposible en ellas el amor.

—Laura no pudo contener un suspiro, y la precipitacion con que llevó su mano para oprimir su pecho, demostraba que un grito de dolor acababa de abogarse en ella.

Era la espresion de un sentimiento íntimamente arraigado en el corazon, pero que así mismo se acababa de agitar tan convulsivamente, que no le que daba una sola de sus fibras que no vibrase dolorosamente; como árbol secular tan arraigado en el seno de la tierra tiembla y se conmueve, cuando el soplo del viento tiene toda la enerjia del huracan.

Esas palabras de Enrique penetraban en Laura para despertarla de ese sueño de delirante amor con que habria estado estasiada toda su vida en la contemplacion de ese sentimiento, y si la reaccion que producian en nada desvirtuaba la intensidad de su amor, hacia subir á su rostro las aparentes muestras de una enerjia que por todo podia interpretarse menos que por lo que realmente era, por un deseo mas vehemente de poseer á Enrique.

Así con la serviz erguida y la mirada ardiente, los labios tremulos y el pecho palpitante contestó:

—Está bien, yo seré ahora quien ayude á ese destino implacable! yo quien levante mas alto esas barreras que Vd. dice nos separan.....
..... Un torrente de entusiasmas y lisongeras manifestaciones han estado continuamente brindándome el mundo, y esos alhagos que tanto seducen la imaginacion de una mujer, lo he rechazado siempre, para no perturbar un solo instante la dedicacion con que me entregaba á su pensamiento.

Era todo una ilusion. Ahora despierto al sonido de sus propias palabras.....
y veo..... veo ante mí á un hombre indigno de ese amor..... sin corazon, sin sentimientos, sin la delicadeza tampoco de comprenderlos.

—Laura!

—Calle Vd.,—No pronuncie Vd. mi nombre, es Vd. indigno se lo he dicho ya.

Enrique mudo y confundido con la majestad con que fueron pronunciadas aquellas palabras empezaba á sentir á su vez, una reaccion poderosa, porque ese acento inesperado en una mujer que lo habia amado tan apasionadamente! no podia menos que producir una novedad en su corazon. Con mucha mas fuerza esperimentó esto, cuando Laura poniendose de pié repentinamente, le dijo, haciéndole un ademán desdenoso:

—Sígame Vd. si quiere presenciar mis triunfos!

Y dando sonrisas á sus labios, alegría á sus ojos y animadora gracia á sus movimientos, se deslizó entre las agitadas parejas del salón.

(Concluirá.)

LA DIADEMA DE PERLAS.

III.

[Continuacion.]

Mientras pasaba la escena que acabamos de referir, en otra casa no muy distante, habia tambien una pieza iluminada, y dos personas que conversaban,—y aunque no sea muy cortés introducirse en una casa ajena y sorprender un secreto, vamos á hacerlo para satisfacer la curiosidad de nuestros lectores.

Un golpe de vista enteramente opuesto ofrece este

cuarto en que además del lujo y de la elegancia, está ese primor de adorno, que anuncia el femenino cuidado—El aire es perfumado, el piso blando, la luz tenue, el lecho vaporoso, el tocador minucioso, el silencio languido—Es el cuarto de una niña, es el santuario de la hermosura, el centro de su paraíso, el secreto de la dicha, el oasis ignoto del desierto de la vida, el delicioso nido del ave del Oriente.

Perdon, lectores, nosotros poco familiarizados con estos recintos, se nos ocurren cosas... ahora que penetramos en este... pero prosigamos.

Una preciosa criatura, la hermosa de ese santuario la huri de ese paraíso, la dicha de ese secreto, la flor de ese oasis, el ave de ese nido, estaba indolentemente reclinada sobre un sillón; parte de sus adornos de baile sobre la mesa mármolea, y parte sobre su mármoleo cuello, casi desnudo, casi ajitado aun con la última pluma—¡Situación digna de Fidias ó de Miguel Angel... é indigna por cierto de nuestra humilde pluma.

Pero no tenemos nosotros la culpa de que en vez de copiarlo el cincel de esos géneos ó el pincel de Rafael, lo retrate nuestro descolorido tinte, y así pues queridos lectores, ayudados en algo y poned de vuestra parte el encanto que falte de la nuestra.

Su rostro era blanco como el mármol de Carrara y esa palidez no era alterada por el mas ligero carmin, no, que todo el carmin del mundo fué poco para teñir sus pequeños labios, y todas las sombras que existen y que podían oscurecer su rostro, se condensaron en sus largos cabellos y en sus brillantes pupilas.

Es cuanto podemos decir, y así mismo es dosis homeopática, en proporción del colorido que le corresponde.

Otra persona del mismo sexo la acompañaba y apesar de no ser fea en cualquier otra parte, al lado de ésta era un fenómeno de fealdad... Al lado de ésta todo era feo, porque ella parecía el espejo visible de la belleza absoluta é invisible.

—¿Qué tienes, querida Isabel?—le preguntó con cariño su compañera.

—El mas hondo dolor—contestó.

—¿Es posible!—no puedo creerlo, ¿Qué te falta? Eres rica, linda, inteligente, acabas de producir la agitación en un baile y te retiras triunfante: Repito: ¿Qué te falta?

—Me falta... me falta... una cosa que codicio—esclamó Isabel con los ojos brillantes y agitados.

—Yo creo que si algo te falta, se te podrá proporcionar.

—Imposible!... tengo ya la negativa de mi padre... .

—Ah!... pobre Isabel—continuó la compañera enternecida y casi llorando—tu amas y tu padre no consiente... .

—Pobre chica!—esclamó Isabel riendo como una loca—Yo amar!... vaya tu no me conoces... .

Su interlocutora se quedó fria.

El silencio se rompió por Isabel.

—Si, amiga mia, por lo mismo que soy linda, que soy rica, que soy deseada, no debo desear nada sin tenerlo... .

—Pero tu tienes cuanto es posible desear ricos vestidos, ricos brillantes... .

—Eh! esos vestidos y joyas me los he puesto muchas veces... . Lo que yo deseo es una alhaja que he visto en la joyería de... , que nadie se anima á comprar y que dentro de poco saldrá del país... .

—¿Qué antojos!

—Mi padre me la negó... . Pero es tan bella... . figúrate... . es una guirnalda de gruesas perlas engarzadas airosamente y sembradas de brillantes... . Es un adorno rejío!... . ¡Y yo me quedo sin él!... . ¡Dios mio!... . ¡Qué desgraciada soy!... .

—Calla, Isabel, no delires.

—Como no delirar!... . Perlas combinadas con brillantes!... . Eso es encantador, es sublime!... .

—Isabel, sabes que temo por tu razon.

—Si yo no desearé esa guirnalda no tendremos razon.

—Te aseguro que cuando te ví tan preocupada/ érci que pensabas en algunos de los jóvenes que mas merecieron tu atencion esta noche... . en Antonio... .

—Estoy asiada de todos, pero ese jóven y su compañero me agradan... . les he dado esperanzas... . Es tan facil dárlos... . ¡No son asi las coronas de perlas!... .

Isabel quedó absorvida en esas meditaciones un momento, despues del cual, le dijo su compañera:

—Pero, es tardísimo, acuéstate y descansa—Adios! voi á hacer lo mismo.

Isabel quedó en la misma situacion y tal vez en los mismos pensamientos y nosotros no creyendo prudente permanecer mas tiempo, nos alejarémos tambien de ese recinto.

IV.

El dia siguiente á esta noche, Enrique se dirigió á la casa de Antonio. Entró en ella y un sirviente le dijo que no podia verle porque estaba muy ocupado pero nuestro jóven no hizo caso de esta advertencia, empujó la puerta del cuarto de su amigo y entró bruscamente en él.

Antonio que estaba ocupado ante una mesa con varios papele y la pluma en la mano, no pudo contener un salto de sorpresa y maquinalmente ocultó lo que estaba escribiendo.

—Ah! querido Enrique ¡eres tu!—esclamó reservándose un tanto.

—¿Qué secretos son esos que sorprenden y que tu procuras ocultarme? Preguntó Enrique dirijiendo la vista á la mesa, y fijándose en la escritura de los papeles continuó.

[Continuará]

MAXIMAS Y PENSAMIENTOS.

—Quien teme sufrir, sufre ya lo que teme. (*Montaigne.*)

—El corazón del ingrato es semejante á un desierto que sorbe con avidéz las aguas que caen del cielo las traga y nada produce. (*Proverbio Árabe.*)

—Una injusticia hecha á un solo individuo, es una amenaza que se hace á todos. [*Montesquieu.*]

—La injuria que menos se olvida es la burla. (*Platon.*)

—Dos casos hay á las que es preciso acostumbrarse sólo pena de no poder vivir: una es á las injurias del tiempo y la otra á la injusticia de los hombres [*Chamfort.*]

—No hay vicio mas vergonzoso ni mas degradante que la perfidia, ni papel mas humillante que el de un embustero descubierto. [*Bacon.*]

—Los dardos de la maledicencia y de la calumnia tienen dos puntas, y hieren á veces la misma mano que los clava. [*Proverbio Indiano.*]

—La ciencia sin riqueza es como un pié sin zapato y la riqueza sin sabiduría, es como un zapato sin pié [*Talmud.*]

—Las injurias son las razones del que no tiene razon. [*Rousseau.*]

—Cada cual tiene sus defectos; nadie se basta á sí mismo, y es bastante sabio para sí; pero debemos sufrírnos, consolárnos, ayudárnos, instruírnos y servirnos mutuamente. *Ciceron.*

—Muchos hay que no dan su hacienda, sino que la arrojan. No llamo liberal el que se conduce como si estuviera enfadado con su dinero. *Seneca.*

—Cuando leo por la primera vez un buen libro, tengo el mismo placer que si contrajera una nueva amistad: cuando le vuelvo á leer, es un antiguo amigo que voy á visitar. *Voltaire.*

—El amor de madre está encarnado en el corazón ombre, como el instinto de la conservación. *Ortigueira.*

—En todas las circunstancias de la vida, el hombre debe acordarse de que es hombre y hacerse superior á toda clase de sufrimientos. *Ciceron.*

La crítica es la inteligencia lo que el ejercicio corporal al individuo: si éste activa la circulación de la sangre y desarrolla las fuerzas musculares, la otra

edaca al entendimiento y le conduce por una senda segura de progreso. Así como sin el ejercicio físico padece el organismo, de la misma manera la inteligencia sólo medra á la sombra de la crítica. Cuando esta es razonable, ilumina, enseña; mata cuando es exajerada, injusta ó parcial: tambien el ejercicio inmoderado destruye y enerva el desarrollo físico del hombre.

A la Esperanza.

Este nuevo colega que apareció el último Domingo por primera vez, redactado en Italiano, dirige á sus colegas un saludo que por nuestra parte nos complacemos en devolver, deseándole felicidad y larga vida.

—o—

Epigrama.

Hablando en una reunion.
Varios amigos un dia;
Rodó la conversacion.
Sobre gloria y nombradía.
Uno dijo—yo no sé
Como he de adquirir gran fama.—
A lo que yo contesté,
Mi amigo,—escribiendo un drama.

Charada.

Una letra verás en mi primera
Que con tercera un animal te dice:
Tercera con segunda, no es quimera
Para nada en el mundo yo le quise
Primera con segunda no prospera:
El hombre que es activo lo maldice.
Lo que compone el todo, si lo eres
Infeliz has de ser, por donde fueres.

Chirimela.

Seccion de Medicina.

En el próximo número consagraremos una seccion especial á la medicina, que contendrá todas las recetas autorizadas competentemente que por su sencillez, eficacia y baratura, estén al alcance de todas las clases de la sociedad.—Será materia de una colaboracion mas, que, unida á la de los distinguidos señores que favorecen este periódico, nos complaceremos en recomendar.

SUMARIO.

Las colonias Españolas Poesía contemporanea.—La primavera poesía Hojas del corazón.—Ecos de. Infortunio poesía.—La mujer coqueta.—El Dominó Rojo.—Cronica Teatral.—El Cigarro.—Bendita Seas.—La diadema de Perlas.—Maximas y Pensamientos.—Epigrama.—Charada.